



EN LO ALTO
CRÓNICAS DE UN ARQUITECTO
EN APUROS

Luis de Lucas Ruiz

EN LO ALTO
CRÓNICAS DE UN ARQUITECTO
EN APUROS



Primera edición: abril de 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Luis de Lucas Ruiz

© Imagen de portada: Asís Cabrero

(Acuarela del proyecto del Ministerio de Sanidad)

ISBN: 978-84-18250-54-5

ISBN digital: 978-84-18250-55-2

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A Javier, mi muy querido amigo que inspiró
el personaje de Yoel, cuando su jovialidad permitía colocarlo
«en lo alto», muy lejos de atisbar su temprana muerte.*

1

Mi nombre es Yoel Ben Ami, que significa enviado. Así me vio mi padre, errante polaco sefardí, cuando mis ojos se abrieron por primera vez en la ciudad de Toledo. Allí se forjó mi amistad con Pablo Moradas, de quien voy a contar la historia. Él tenía tres años cuando yo acababa de nacer.

Incluso muerto, el que todo lo sabe ha dispuesto que vuelva a relacionarme con Pablo: quizá la firmeza y constancia de nuestro afecto le ha llevado a obrar de esta manera excepcional, como también lo fue que permitiera a sus vicarios en la tierra que yo, siendo judío, apadrinase a Myriam, su única hija, y darle el nombre de mi madre, fallecida el mismo día que ella nació.

De nuevo en poder de los sensores de los sentidos veo, con nueva claridad, que la vida entera es una realidad única a la que ya pocos llaman milagro, siendo tan evidente que lo es. Pero, Pablo, si estas palabras llegan a ti salvando la infinita distancia que nos separa, será la señal inequívoca de haber iniciado un insólito encuentro; porque, como es fácil suponer, además de no estar sometido al espacio y al tiempo, tampoco dispongo de pluma ni de papel.

Sea cual fuere el extraordinario medio por el que me puedas escuchar, sé que debo procurar una proeza mayor: intentar despejar la densa nube que en tu mundo impide que los hombres se entiendan.

Empiezo. Este relato va también para vosotros, hombres y mujeres, por si algún día llegara impreso a vuestros ojos.

2

Amanece en Madrid un claro y sereno día de otoño. Nada ni nadie presagia lo que hoy va a suceder. Es jueves, 21 de noviembre. Después de una larga noche en vela, el arquitecto Pablo Moradas se dirige apresurado a una copistería, antes de ir al ayuntamiento.

Viste grueso pantalón de pana beige, chaqueta cheviot, camisa blanca de algodón fino y un pen drive por corbata. Pero no quiero, mis posibles lectores, que confundáis a mi amigo con uno de esos tipos extraños que se dieron una vez que se agotó la posmodernidad; nadie más opuesto a estos eficientes ejecutivos mediáticos de última generación, con tan poca alma. Cumplidos los 50, Pablo Moradas es de porte mediano y constitución recia; pelo oscuro, barba cerrada y bien recortada; ojos negros, con una mirada entrecerrada de apasionamiento y tristeza. Heterodoxo: piadoso en su juventud, un día le dijo a su Dios: «¡No puedo creer en ti mientras permitas que mueran de miseria 30.000 niños cada día!». Algo que revela la herida que en él causa el mal ajeno, reflejo inconsciente de su propio dolor.

Introspectivo y soñador, Pablo Moradas busca desde entonces, con cierto toque de poeta, el consuelo de la belleza ideal; la persigue con anhelo, como ciego enamorado y rara vez correspondido.

Siempre amigos y durante muchos años colaboradores, Pablo y yo compartimos la angustia que conoce cualquier persona llamada al oficio del arte; soportamos la insidia y la envidia, que proliferan más que la lealtad entre quienes dicen dedicarse a esta

labor; sufrimos las penurias de los malos tiempos y, lo que es peor, el éxito mundano, siempre frágil y azaroso.

Después de tanto tiempo resistiendo, una aguda crisis inmobiliaria consiguió disociarnos. Mi corazón, sin pedir permiso, decidió mandarme de un infarto al otro mundo. Y aquí recibo el encargo de narrar esta crónica, porque, según me indican, los muertos, sin fatiga, también trabajamos. El resultado de mi empeño solo Dios lo sabe.

Os diré algo esencial y ya inevitable: que en vida fui formado como arquitecto de vanguardia hasta en la más recóndita de mis neuronas. Y, aunque con gran esfuerzo, logré librarme de tan estéril instrucción, quizá esa tenaz tendencia me siga afectando y se note en el modo de narrar. Frases desestructuradas, deconstruidas ideas, trama sin unidad... A lo que se suma, en una mezcla extraña, el influjo persistente del poeta Calderón.

Visto lo visto, espero al menos salvar la belleza de mi nuevo encargo, de cuyo alcance, como tantas veces me ocurrió en vida, desconozco casi todo. Conozco los hechos y muchas de las intenciones. No pretendo ser un narrador omnisciente, que de este género solo hay uno. Pero estar aquí, desligado ya de la materia, te proporciona algunas ventajas. Otra cosa es que yo sepa aprovecharlas. Será la experiencia, como siempre, quien nos ayude a distinguir «las voces de los ecos».

3

Pablo Moradas camina ajeno a lo que pasa a su alrededor, absorto en sus pensamientos: «Si pudiera me olvidaba de todo y mañana mismo buscaba cualquier otro trabajo, si lo hay... Quizá, mejor volver al campo, cultivar la tierra, pastorear ovejas..., como mis antepasados, de rabadán. Fuera tonterías: lo primero que tengo que hacer es imprimir el informe y después presentarlo bien. La reunión va a resultar laboriosa. Hasta ahora solo he tenido gastos y ni siquiera es seguro que cobre. Nervioso a estas alturas, después de tantos años. No quiero pensar en las veces que un desplante me ha hecho quedar mal. Esta es tu vida, arquitecto: al final tienes que bailar con la música que te pongan».

«Tengo que demostrar quién soy, en la reunión —se dice, ahora—. Que aprecien el trabajo. He hecho un buen análisis del problema y tengo la solución para salvar el edificio. Lamentablemente, como tantas veces ocurre en la vida, se requiere justo lo que no hay: tiempo y dinero. ¡Qué pena!, “una casa es una conciencia”. Su espacio alberga la vida y nuestros sueños. Por un lado, estará don José, el presidente de la comunidad, quien, como es lógico, querrá mantener en pie su casa; pero no sé cuál será su reacción cuando le describa el estado real del edificio. Las termitas han dejado la estructura como el hojaldre; si no se toman medidas urgentes, puede ocurrir una desgracia. De momento hay que apuntalar toda la casa, lo que supone gastos e incomodidades para los propietarios. La mayoría es gente mayor que sobrevive con una exigua pensión. Por otro lado, tendré que vérmelas con el técnico municipal; con ellos

nunca sé el terreno que piso. Con frecuencia pasan de la corrupción a la paranoia. Pena de país, a menudo en manos de burócratas ineficaces y políticos desaprensivos».

Muchas veces lo comprobamos los dos: el oficio de preparar un hábitat digno del hombre obstaculizado por mentes estrechas e interesadas.

«Afortunadamente —sigue pensando Pablo— con Joselu, el constructor, sé a qué atenerme. “Fíjate en estas magníficas filigranas de yesería del XVIII, sería interesante ponerlas en valor; anda, haz unos planos”, me dijo al visitar el edificio; y yo le hice caso. Los planos y el informe me han tenido una semana fuera de circulación; tiempo de sobra para que Joselu preparase sus tejemanajes. Al menos salvé el informe. Menos mal que se me ocurrió hacer una copia, a las cuatro de la madrugada. ¿Quién me habrá contagiado ese virus?

Tendré que avisar al informático. Lo último que apareció en la pantalla fueron unos extraños signos en árabe. Los hackers cada vez se hacen más los interesantes. Confío que esto le dé una pista al informático y me arregle los ordenadores cuanto antes».

Pobre amigo mío: le encuentro abrumado, doblegado por la vida, por los codazos, a derecha e izquierda, de quienes le rebasan persiguiendo una posición que él nunca vislumbra ni intenta, ni, por tanto, alcanza. Pero ¿dónde han quedado sus sueños, su ideal de vida poética, esencial, que tan fuerte le hacían? Visto lo visto, no sé si alegrarme de estar en el otro mundo.

Así, torturado por sí mismo, Pablo llega a la copistería. Después de unos minutos que le parecen horas, la encargada —una joven, vieja conocida— le entrega su trabajo encuadernado en gusanillo mientras le riñe, harta, pero con cariño:

—Desde luego, Pablo, siempre haces lo mismo. Te lo tengo dicho, no me vengas con estas prisas. Lo hemos impreso de milagro; hoy todos los aparatos parecen enloquecidos. Te lo repito: que sea la última vez. Y el próximo me lo envías por correo electrónico y con dos días de antelación.

Pablo se calla, recoge las cinco copias, a la vez que contesta al móvil. Es Joselu, el constructor.

—¡Pero, bueno! Siempre igual, nunca puedo tomarme un café tranquilo contigo antes de una reunión. Te estamos esperando don José y yo en la plaza Mayor. ¿Por dónde andas?

—Luchando contra los medios. Toda la noche trabajando en el informe y en el último momento se me estropea el maldito ordenador.

—Eso que lo hagan otros, y tú nada de máquinas, que para eso eres todo un señor arquitecto de los de antes. Además, ¿qué falta hace un informe? De sobra sabemos que la casa es un queso de gruyere.

—Tú lo has dicho, por eso es necesario que deje de ser pasto de...

—Date prisa, a ver si encima se nos va el arquitecto municipal y perdemos otra semana.

En este momento se interrumpe la comunicación y en la pantalla de su móvil aparece un mensaje en árabe. Sin querer pensar en ello, Pablo guarda el teléfono, indignado con su interlocutor, Joselu, ese personaje hecho a sí mismo, que se desenvuelve en esta sociedad como pez en el agua. Ilustrado, buen conversador, agresivo solo cuando y con quien puede, pero la mayoría de las veces amable y bromista.

Pablo le teme, pero son amigos; algún día incluso, pasados de copas, han llorado juntos recordando a sus difuntos padres. Joselu que, con argumentos muy científicos, no cree en el más allá, confía, con desenfadada incoherencia, que su progenitor le ayuda desde arriba. Tiene razón. Para eso estamos. Si no, ¿por qué estaría yo ahora, perdiendo tiempo de la eternidad, contando esta increíble historia?

Pablo camina agobiado por las prisas, el cansancio y las preocupaciones. Una señora se cuela por la puerta opuesta del taxi que él ha parado. Resignado, decide ir andando hasta la plaza Mayor. No quiere arriesgarse con el metro: está anunciada una huelga de transportes, una más. Ha perdido el mechero y pide fuego a dos fumadoras que pegan la hebra en la puerta del intercambiador de la Moncloa. «Hijo, pide con más alegría», le dice una de ellas mientras le enciende el pitillo. Él sonríe agradecido y se da media vuelta; entonces, parado en el paso de cebra, mientras aspira una profunda calada, observa desolado el espectáculo urbano: una marabunta de gente, estresada por la prisa, se precipita sobre la calzada para llegar puntual al trabajo; otros, abúlicos, andan como sombras esparcidas por el caótico espacio, y en el centro de la calle de la Princesa unos manifestantes agitan sus pancartas, gritan y pitan parando el tráfico. «Esto se hunde», piensa con su proverbial pesimismo.

Al levantar la vista divisa seis tanques apostados en la explanada del edificio de la jefatura mayor del Ejército del Aire. Le sorprende que los vehículos hayan aplastado los arbolillos allí plantados, cuyas ramas destrozadas asoman con languidez por debajo de las pesadas carrocerías. Estas siniestras siluetas ocultan tras de sí la muestra del caza C-101, Mirlo, allí expuesta desde hace unos años. Un extraño escalofrío le recorre el cuerpo. Decide no pasar por delante de los amenazantes blindados y tomar la ruta alternativa del paseo de Moret. No quiere que a sus actuales preocupaciones

se añadan más impresiones negativas e intenta olvidar la inhabitual presencia de carros de combate en medio de la ciudad.

Cada vez más preocupado, va por la calle como un autómatas, un hombre de palo que recorre mecánicamente su camino. Ha entrado en uno de esos éxtasis de los que únicamente es capaz de sacarle Diana, su mujer: «A ti lo que te pasa es que solo piensas en tus cosas: en la arquitectura y en la obsesiva pretensión de encontrar la belleza, ¡como si fueses a descubrir la pólvora!». Pablo y Diana: no es cosa mía, pero me temo que ya no exista entre ellos esa armonía que yo tanto admiraba.

Solitario entre la gente, pasa de un pensamiento a otro: «He de procurar ser claro, conciso, objetivo, y no manifestar mis preferencias; soy un profesional, no un defensor de causas perdidas, que sean ellos los que decidan y después que me paguen. ¡No!, no puedo actuar de esa manera, tengo que salvar el edificio, “si se calla el cantor muere la rosa”. Empezaré por describir el problema: la estructura de madera, seriamente dañada por las termitas, apenas manifiesta signos externos de deterioro en el paramento, pues esas fieras destruyen el material dejando intacta una fina película exterior. Solo la mirada de un experto advertiría que el alma del muro está deshecha. Afortunadamente, en mi opinión, hemos llegado a tiempo; podemos acabar con la plaga y salvar el edificio. Para eso hay que tener en cuenta, por un lado, que el termitero es muy difícil de localizar y, por tanto, de destruir; por otro, si lo combatimos con un simple biocida, no morirían todas las termitas».

Yo también, en vida mortal, me vi enfrentado a ese tipo de problema. Para exterminar las termitas hay que comprender sus características específicas. La termita es un xilófago social y eficientemente organizado; una colonia está compuesta por individuos de distintas castas que tienen asignadas funciones exclusivas y diferenciadas; pero se nutren de la misma fuente mediante la llamada trofalaxia, que como la misma palabra indica, consiste en transferir el alimento boca a boca. En eso coinciden con la manera de actuar de los *lobbies* político-financieros. Pero a diferencia de los

hombres, las termitas, siguen las inexorables leyes marcadas por su naturaleza. La solución más eficaz es el cebo *anti-quitínico*. Se trata de impregnar celulosa, su alimento favorito, con benzoilurea. Las obreras lo llevarán al termitero y, beso a beso, todas las castas comerán del cebo; cuando quieran mudar de camisa no podrán segregar la quitina, y en unos seis meses se acabaron las termitas. Como siempre, hay que atajar el mal a conciencia y en origen. Entretanto, se apuntala y se asegura la construcción y, después, con mucho cuidado, se van curando las heridas del edificio. Pablo fue en este trabajo mucho más experto que yo.

«Por desgracia me imagino la contestación de Joselu —piensa Pablo—. “¿Y si a estas termitas no les gusta tu cebo? ¿Si mientras tanto se cae el edificio? Sobre todo, hay que pensar en los vecinos: evitarles la angustia de la duda, las incomodidades de los apeos, de las obras... Y, por si fuera poco, supón que tengamos que desalojar el edificio. Entonces, ¿quién pagará los alquileres? Tú, Pablo, ¿o ellos con las míseras pensiones que les da el Estado?”. Joselu expondrá su calculado proyecto más o menos en estos términos: “No podemos correr ningún riesgo; lamentablemente, por la seguridad de todos, es necesario derribar el edificio. Yo me comprometo a negociar la compra del solar e incluso a contemplar una fórmula de aportación, de manera que se garantice a los vecinos que lo deseen uno de los modernos y confortables apartamentos que en el futuro construyamos”. En ese momento mirará al arquitecto municipal y si mi colega funcionario acepta el envite, cuando salga de la reunión seré un arquitecto cadáver».

Las dudas de mi amigo son reales. No sería la primera vez que esto ocurre; es más, durante mucho tiempo ha sido lo habitual: el lucro, antes que nada.

«Con algún subterfugio —continúa pensando Pablo— terminarán encargando el proyecto del nuevo edificio a ese arquitecto que Joselu me presentó la semana pasada como “joven promesa y amigo del municipal”. Es profesor de una escuela de arquitectura de reciente creación, pero bien implantada, porque “¡nueve siglos de

historia la contemplan!” me dijo alardeando de erudición. Es verdad, nueve siglos tiene la universidad a la que pertenece esta nueva escuela, la cuarta más antigua de Europa. Y yo me pregunto qué formación se da en nuestras históricas universidades cuando un recién titulado se atreve a informar, con toda seguridad, que Agustín de Hipona nació el siglo pasado en un pueblo de Málaga, confundiendo Hipona con Estepona. ¡Joven promesa, si tú supieras! Naturalmente no tiene por qué saber que esa escuela de la que es profesor la ideé con quienes creía que eran mis amigos —aunque alguno resultó ser un trepador solitario e insolidario—; redacté íntegro el ideario que ahora reza en el documento de su aprobación oficial y, sobre todo, pasé tres largos años de mi vida soñando con formar buenos arquitectos que prestaran el mejor servicio a esta sociedad tan necesitada de ellos. Pero él nada sabe y yo no quiero recordar más. Ahora debo impedir, con todos los medios a mi alcance, que derriben este otro edificio irremplazable, realizado con la sabiduría acumulada de siglos, bello ejemplo de una vida más humana. Si consiguen exterminar el pasado, ¿qué nos queda? La triste mueca del sinsentido, el chiste grotesco y la ocurrencia banal, expresiones inequívocas del errático y enloquecido mundo en que vivimos. El edificio amenazado..., las termitas..., la crisis..., la decadencia... Todo parece anunciar una catástrofe».